

SOBRE ADIVINANZAS, PROVERBIOS Y FÁBULAS EN LA COLECCIÓN TEOGNIDEA

*A Pedro Laín Entralgo, de quien
tanto he aprendido intelectual y
humanamente.*

Hace cuatro años (*El núcleo de la colección teognidea en versión rítmica castellana*, en *La traducción. Arte y técnica*, Madrid 1984, pp. 141-150) publiqué una reproducción rítmica en nuestra lengua de lo que, basado en M. L. West y sobre todo en sus *Theognidis et Phocylidis fragmenta et adespota quaedam gnomica*, n.º 192 de los «Kleine Texte», Berlín 1978, llamaba yo núcleo primigenio de la síloge elegíaca de Teognis, que, en su estado actual, a lo largo de dos libros, comprende 1.390 versos, de los que todos coinciden en considerar que muchos son adiciones de imitadores o seguidores del prestigioso poeta de Mégara. El citado núcleo abarca según West 326 versos, que nosotros reducíamos a 304 con eliminación de lugares repetidos; la base para la drástica selección del filólogo inglés se basa en la presencia en los trozos nucleares de Cirno, hijo de Polipao, de quien Teognis es preceptor, amigo, amante y sin duda correligionario en política conservadora de cuño aristocrático; en el hecho relevante de que los fragmentos hayan sido o no citados por autores del siglo IV a.C. o anteriores; y en la improbabilidad de que un escritor nacido entre el 590 y el 580 y perteneciente a una generación posterior a la de Calino, Arquíloco y Tirteo, pero contemporánea de la de Mimnermo y algo anterior o solapada en parte con la de Solón mencione lugares tan relativamente lejanos de su patria dórica, cercana a Atenas, como Sicilia (783-788), Eubea (id.; 891-894, cita del rey mítico Lelanto), Laconia (783-788, 879-884, 997-1.002, 1.087-1.090) o Tebas (1.209-1.210) o cite acontecimientos que el autor primitivo de la colección no llegó desde luego a conocer, como las guerras Médicas (757-764, 775-776).

Aquí ofrecemos, pues, material de creación más bien tardía y que ostenta, como característica general, el contener rasgos muy típicos de la Literatura griega arcaica.

La adivinanza, enigma o *gráphos* (con que se alude a la especie de red en que queda envuelto el sometido a encuesta) es un género tópico en toda clase de cuentos y mitos de cualquier Literatura, pero aparece de modo muy especial en la griega desde sus mismos inicios. De la más profunda raíz del mundo preclásico vienen adivinanzas tan famosas como aquella el fracaso ante la cual, según sus biografías legendarias, costó la vida a Homero (los mozos que al despiojarse decían «los que pillamos no nos los llevamos y los que no pillamos nos los llevamos») o bien la conocidísima planteada por la esfinge a Edipo (el hombre es el animal que en la infancia tiene cuatro piernas, porque va a gatas, en la madurez dos y en la vejez tres incluido el bastón) o el curioso duelo entre los adivinos Calcante y Mopso: el primero preguntó al segundo cuántos frutos tenía un cabrahígo; su rival acertó y le retó a precisar cuántos lechones iba a parir una cerda; Calcante falló y fue víctima del dolor que le causó este fracaso.

Uno de los Siete Sabios, Cleobulo de Lindo, y su hija Cleobulina se especializaron en tales entretenimientos, que la refinada astucia de los sacerdotes délficos, atentos siempre a presentar sus oráculos en formulaciones ambiguas y evitadoras de eventuales descréditos, prodigó mucho y que en la época helenística llegaría a sus mayores extremos con varios poemas de la *Antología griega* y la *Alejandra* del ciertamente enigmático Licofrón de Calcis. Pero también la colección de Teognis veremos que nos aporta material interesante, aunque no sea tal la opinión de B. A. van Groningen, que niega (*Théognis. Le premier livre édité avec un commentaire*, Amsterdam 1963, p. 451) ningún ejemplo de este tipo en nuestro autor.

No menos común es la fábula, esa temprana floración de relatos, generalmente desarrollados entre animales, cuya moraleja, explícita o no, nada tiene que ver con la larga tradición posterior basada en la ética cristiana y de la cual, como es bien sabido, contamos con la colección esópica, recogida antes que por nadie a nombre de un esclavo tracio, Esopo, que debió de vivir a fines del s. VI a.C., por el filósofo y gobernante del IV-III Demetrio de Falero, e infinidad de recensiones e imitaciones entre las que descuella el fabulario griego de Babrio en época imperial.

Nos ha sido muy útil el tratamiento de F. Lasserre, *La fable en Grèce dans la poésie archaïque*, en *La fable*, n.º XXX de los «Entretiens de la Fondation Hardt», Ginebra 1984, pp. 61-103. Ya desde muy pronto —nos dice— hallamos testimonios poéticos de estos relatos: por ejemplo, Hesíodo (*Op.* 202-212), con su fábula del milano y el ruiseñor, donde el primero impone al segundo la ley del más fuerte y que también ofrece Esopo (n.º 4 de Hausrath). El problema de hasta qué punto son fabulísticos los epodos de Arquíloco es muy discutido, pero Lasserre, más positivo que otros, identifica en su trabajo, con mayor o menor seguridad, varias fábulas: el águila y la zorra (n.º 1 H.) en frs. 174-181 W.; el león enfermo (núms. 95 y 103 de Babrio), en fr. 225 W.; el mono danzando la pírrica (n.º 85 H.; Luc. *Pisc.* 36), en frs. 185-187 W.; el mono y el zorro (núms. 14 y 83 H.), en los mismos; las ranas pidiendo rey (n.º 44 H.), en el fragmento 51 L., que nadie ha aceptado excepto el propio editor (es una frase de un poema yámbico de Constantino el Rodio *Contra Teodoro*, de la *Anecdota* de P. Matranga, II 628 s.); el adivino que no prevé sus propios males (n.º 170 H.), en frs. 182-183 W.; el lobo y el perro (n.º 100 de Babrio), en fr. 237 W.; las avispas y las perdices ofreciendo sus servicios al campesino (n.º 235 H., en un lugar que Lasserre no precisa; la palabra *sphéx* no aparece en Arquíloco; *pérdix* sí, pero en fr. 224 W., *acurrucada como una perdiz*, con referencia probablemente al miedo de la zorra cuando el águila la llevaba por los aires); la zorra y el erizo (con la famosa cita *la zorra sabe muchas cosas; el erizo una sola, pero importante*), del fr. 5 W. del pseudohomérico *Margites*, en el fr. 201 W. (la primera dispersa demasiado su sabiduría, mientras que el segundo posee conocimientos más concentrados y eficaces; o quizá la zorra, con toda su astucia, carezca de la gran defensa, cf. Plut. *De soll. anim.* 971 f, que es para el erizo el poderse convertir en bola de púas cuando se le ataca).

Lasserre anota también otras seguras o posibles utilizaciones de fábulas en Semónides (el águila y el escarabajo, n.º 3 H., fr. 13 W.; la garza y el alfaneque, no recogida en colecciones, fr. 9 W.; la oca de los huevos de oro, n.º 89 H., fr. 11 W.), Solón (nuevamente el león enfermo, fr. 11, 5-6 W.), Estesícoro (el caballo y el ciervo, n.º 238 H. y Conón, *Narr.* 42 en Focio, *Bibl. cód.* 186, pág. 139 b; Aristót. *Rhet.* 1393 b 8-22, fr. 104 P.; el águila y la serpiente, El. *De nat. anim.* XVII 37, fr. 103 P.), Íbico (el asno y la serpiente, El. *Hist. anim.* VI 51; Prometeo aparece en n.º 228 H., pero sin mención de dichos animales; fr. 61 P.), Timocreonte (el pescador y el pulpo, Ps.-Diogeniano, *Praef.* I 179 L.-S., fr. 8 P.; la zorra con la cola mocha, n.º 17 H., fr. 3 P.), un escolio ático (el milano y la serpiente, n.º 211 H., *Carm. conv.* 9 P.) y Simónides (otra vez el pescador y el pulpo, fr. 9 P.). Es curioso que no aparezcan fábulas en Homero,

Alceo, Safo, Anacreonte, la poesía elegíaca ni Hiponacte. En cuanto a Teognis, véase lo que diremos al hilo de los versos 293-294, 341-350 y 599-602.

Como se ve, en la mayor parte de las fábulas el desenlace es pesimista y amargo: la picardía, la fuerza o la suerte favorecen al sagaz, poderoso o afortunado.

Inútil, en fin, sería extenderse ahora en consideraciones sobre la sentencia, proverbio o refrán y su dilatada historia a lo largo de la Literatura griega y las que le precedieron o siguieron: pase-mos, pues, a ofrecer aquí un total de 64 versos teognideos en quince pasajes dignos de estudio.

257-260

*Soy una yegua bonita y veloz, pero un hombre
incapaz me cabalga, lo cual me es muy penoso.
Muchas veces he estado ya a punto, rompiendo el bocado,
de huir y desmontar a tan mal jinete.*

Aunque cabe una interpretación política improbable (hablaría una ciudad gobernada por un tirano), lo más probable es que el tema sea erótico, pues la metáfora ecuestre, aplicada bien directamente al acto sexual o bien en general a las relaciones entre hombre y mujer, es usual en poesía griega desde Anacreonte (frs. 15, 72, tal vez 1 P.). La que se dirige al lector puede ser, en sentido social, una mujer hermosa y bien dotada (*aethlīē* del 257 es literalmente *que ha conseguido premios en certámenes*), esto es, una aristócrata a la que su padre ha malcasado con un plebeyo (*kākistos* o *kakōs* en 257 y 260, con ambigüedad típica de la poesía arcaica, de modo que la palabra puede significar *torpe, inepto, de mala calidad y de estirpe vulgar*), situación contra la que se rebela; o igualmente (pero quizás ésta resulta una interpretación demasiado «moderna») alguien cuyo marido o amante es inadecuado para lides amorosas. En el verso 259 hay un eco de Homero (*Il.* VI 506-507).

261-266

*En mí no se bebe ya el vino, sino alguien más tosco
que yo lo guarda en casa de la tierna niña.
Agua fresca allí doy a sus padres amados y mucho
va a la fuente y llorando consigo me lleva;
y yo entonces ciño mi brazo a su talle y le beso
el cuello y su boca murmura suavemente.*

Es el pasaje más discutido de todo Teognis: B. A. van Groningen (*o. c.*, pp. 106-109 y 450-453) recoge nada menos que doce interpretaciones muy distintas sin que, por lo demás, opine casi nadie que deba ser seriamente modificado el texto. Nuestra traducción, sin demasiadas ilusiones al respecto, se atiene a la interpretación del recién desaparecido J. Carrière (*Théognis. Poèmes élégiaques*, París, desde 1948, pp. 40-41 y 105), que no deja de prestarse a objeciones. Habla un cántaro o hidria en que antes se guardaba vino, pero ahora, no sabemos por qué, ha sido destinada a tal menester una vasija más basta (otra vez *kakīōn*) y el cántaro es empleado por la niña de la casa para traer agua de la fuente en él; en este nuevo oficio hay, sin embargo, compensaciones, porque el recipiente (*labōn* de 265 es masculino, por lo que hay que suponer que la metáfora, basada en no sabemos qué palabra griega, apunta a platónica relación amorosa entre

lo porteado y su portadora) abraza el talle de la muchacha por medio de la correa que ésta se echa al hombro para el acarreo y mantiene así su boca a la altura aproximada del cuello de ella, de modo que puede besarla.

Pero, como ejemplo de la inseguridad que reina en torno a estos versos, damos ahora otra traducción bien distinta: *Ya no se bebe allí vino, pues otro más tosco / prevalece en casa de la bella niña / y tan sólo agua fresca parece que beben sus padres, / tantas veces por mí llorando va a la fuente; / y yo entonces ciño mi brazo a su talle y le beso / el cuello y su boca suavemente murmura.* Habla un amante. Los padres de la moza le han eliminado en favor de un hombre de peor calidad. Ella, en su afán de seguir viéndole, emplea como pretexto mil veces repetido la ida a la fuente, junto a la cual espera el amante para besarla. Ésta es la interpretación de J. Labarbe; la de van Groningen, que recoge la del erudito francés en pp. 452-453, es parecida, pero siempre que se traduzca por *permanece* en 262: el rudo pretendiente pasa todo el día en casa de la pretendida y los padres, que no se atreven a desairarle, pero simpatizan con el antiguo novio, son quienes emplean incesantemente el pretexto del agua.

293-294

*Tampoco el león es capaz de comer carne siempre,
mas, por fuerte que sea, la impotencia le alcanza.*

A todos, aun los más vigorosos, llega la adversidad. Quizá, como dijimos, haya aquí una alusión a la fábula del león enfermo, pero en el vocabulario de Arquíloco no figura la palabra *leōn*; más clara estaría la conexión del texto fabulístico citado con Solón, fr. 11, 5-6 W. Se ha pensado también en la historia del tirano Hiparco, el hijo de Pisístrato (cf. 949-954), del que cuenta Heródoto (V 56, 2) que alguien se le apareció en sueños comparándole con un león e incitándole a que se resignara a su próxima muerte. Hay imitaciones de Homero (*Il.* XV 195, *Od.* IV 335) y los himnos homéricos (*Merc.* 386).

313-314

*Entre locos el más loco soy y también el más cuerdo
de todos los hombres cuando con cuerdos trato.*

En 309-312 se han leído versos parecidos (*sea el hombre prudente en la fiesta y parezca que todo / le pasa inadvertido como a quien está ausente / y bromee, mas vuelva al decoro de puertas afuera / una vez que el carácter de uno y otro conozca*) con normas para el ambiente convivial. El comensal debe aparecer como distraído, pues sería de mal gusto el recalcar las indiscreciones o ridiculeces que en el jolgorio se cometen y peor todavía el contarlas después (en un poeta anónimo, fr. *mel. ad.* 84 P., se lee *odio al comensal que se acuerda*); pero tampoco ha de ser un aguafiestas, sino participar en las chanzas y, después del festín, recuperar la seriedad después de haber tomado notas mentales sobre los caracteres de sus amigos. Ahora (en 314 hay un eco de Solón, fr. 12, 2 W., y es notable que los versos siguientes, 315-318, pertenezcan precisamente a dicho autor como fr. 15 W.) hallamos algo similar: en el banquete hay que acomodarse al humor general. R. Renehan, *An Unnoticed Proverb in Theognis*, en *Cl. Rev.* XIII 1963, pp. 131-132, ha sido el primero en observar que en esto hay relación con un proverbio conservado en varias citas: *Carm. conv.* 19, 2 P.; el cómico Calias (fr. 25 K.-A.), recogido por Clemente, *Strom.* VI 2, que compara con Menandro, fr.

354 K.; Galeno, *Fac. nat.* I 15, págs. II 56-57 K.; y el léxico *Suda*, s.v. *metà gár*, pág. III 369 Adl. Renehan prefiere no formular el refrán *sé loco con el loco, sabio con el sabio*, como parece deducirse de alguna de estas fuentes, sino, de acuerdo con el mencionado léxico, *el que no enloquece con los locos, ese sí que está loco*, según lo atrás anotado en relación con 311-312 A. E. Raubitschek, *Miscellanea. Theognis 313-14 and «Philoctetes» 1050-51*, en *Archaionōsía* I, 1980, p. 165, compara con dichos versos, un autoelogio de Odiseo.

341-350

*Cúmpleme, Zeus Olímpio, mi voto oportuno y concede
que con tanto mal algún bien me ocurra.
Prefiero la muerte a no hallar un alivio a mi pena
ni modo de dar tormento a mis verdugos.
Tal es mi destino y no puedo vengarme de aquellos
que mi patrimonio por la fuerza robaron.
Soy como un perro que apenas vadear la barranca
pudo perdiendo todo lo suyo en el torrente.
Séame dado beber de su sangre y me surja
un dios favorable que mis planes realice.*

Theognis (nos hallamos en plena esfera político-biográfica aunque West no incluya estos versos en su núcleo) ha sido perseguido; sus bienes, confiscados; al fin ha podido salvarse atravesando con peligro los límites de su ciudad, como el perro (la metáfora tiene aquí un impresionante vigor) que logró pasar el torrente, pero empapado y sin el trozo de carne que llevaba en la boca. Ahora pide venganza a Zeus (del Olimpo, no de Olimpia) con arreglo a la mentalidad arcaica que se ha desplegado perfectamente en los versos anteriores (337-340), del núcleo originario también (*Zeus me conceda el vengar al amigo y otorgue, / Cirno, mayor poder que el de mis enemigos / y así pasará entre los hombres por dios si, al llegarme / mi destino mortal, he alcanzado venganza*): más claro estaría el texto si se enmendara con G. Murray, leyendo *apoteisómenos* en 348 (*soy como un perro que viene cruzando el barranco / de torrenciales aguas para vengarlo todo*); el poeta se compararía a sí mismo con un justiciero can de Hades que ataca a sus enemigos desde más allá de las aguas infernales. La posible conexión con la fábula del perro que perdió el pedazo de carne en su afán de comer otro que, reflejado en el agua, le parecía más apetitoso (n.º 136 H.) viene ya de T. Hudson Williams, *The Elegies of Theognis*, Londres 1910, *ad loc.* y encuentra eco en Lasserre, que conecta el pasaje con el n.º 126 H. (el cuervo y la zorra). Hay muchos ecos de Homero (*Il.* I 508, XVI 40, *Od.* X 483) al principio; y luego de Hesíodo (*Th.* 55) y otra vez de la epopeya (*Il.* IV 452 y 454, V 87-88; *Od.* XIV 104, XV 203, XIX 201).

421-424

*Hay muchos hombres que nunca la puerta en sus lenguas
cierran y charlan sobre lo que no les importa;
pero es preferible a las veces que quede lo malo
dentro y más conveniente que salga lo bueno.*

Todos tenemos en la lengua (un reflejo de Homero, *Od.* VI 19) una especie de puerta que a veces hay que cerrar; la locuacidad nos hace entrometidos y además nos puede perjudicar. Otra

metáfora semejante para quien debe callar es la del buey encima de la lengua, que aparece en los versos 36-37 del archiconocido monólogo del *Agamenón* de Esquilo en labios del guardián, en un pasaje (815-816) del núcleo primigenio de Teognis (*la pesada pezuña de un buey, que en mi lengua se posa, / chismorrear me impide de aquello que conozco*) y en Sófocles (*Oed. Col.* 1051-1053) acerca de sacerdotes cuya lengua, oprimida por un buey, les impone silencio sobre los misterios de su culto.

579-580

*Odio al mal hombre y cubierta me vengo y es mi alma
tan ligera como la de unaavecilla.*

El femenino excluye que el autor hable en su propio nombre. Podría ser una adivinanza: hablaría la Fortuna, ligera siempre de cascos y cubierta porque resulta impredecible a quién va a favorecer; o la mítica Filomela, convertida en ruiseñor después de ser seducida por su cuñado Tereo, que cubierta, esto es, metamorfoseada, se referiría a su odio hacia él, su propia vergüenza y el poco reflexivo talante de las aves. O tal vez tengamos aquí las manifestaciones de una mujer que sabe que un hombre es perverso, pero se ve atraída hacia él por la ligereza de su espíritu (*odio al mal hombre y a ciegas le busco, pues tengo / el alma tan ligera como la de un ave*); o huye de él, sacando fuerzas de su liviandad y disfrazada para no ser perseguida (*odio al mal hombre y cubierta le eludo, aunque tengo / el alma...*); o las de una infiel que aborrece a su esposo y se presenta en lugar poco decente con la cabeza velada (*odio al mal hombre y cubierta aquí estoy, porque tengo / el alma...*). Como se ve, no faltan hipótesis donde elegir. Es muy posible (cf., entre otros, L. P. Wilkinson, *Callimachus*, «A.P.» XII 43, en *Cl. Rev.* XVII 1967, pp. 5-6, y K. J. McKay, *Bird-Watching in Theognis and a Callimachean Echo*, en *Gr. Beitr.* II, 1974, pp. 105-119) que haya una imitación de este pasaje en el epigrama II de Calímaco (*Anth. Pal.* XII 43).

581-582

*A la mujer corretona y al hombre vicioso
odio que quiere arar el campo del vecino.*

En algunas ediciones van unidos a los anteriores. Pudiera ser (pero esto nos llevaría a otro tópico literario, el de los diálogos, certámenes, etc.) la contestación a Filomela de su hermana Procne (que, ante la violación de aquélla y para vengarse de Tereo, mató al hijo de ambos, Itis, antes de que los dioses también al matrimonio y a su vástago les tornaran en otras tantas aves) con críticas a ella (la mujer corretona provoca al hombre, pero la versión ortodoxa del mito presenta a Filomela como inocente y aun le da fuerzas para, a pesar de que Tereo le había arrancado la lengua temiendo ser descubierto, delatar la fechoría a Procne con figuras de un tapiz bordado) y al adúltero (pero la metáfora erótica de la arada más bien se usa en griego para el hombre que seduce a la esposa de otro, no a solteras como su cuñada; es también tópico ubicuo el de un vicio usual en las mujeres casadas o no, el corretear por las calles acompañadas a veces por siervas cómplices o asomarse a la puerta o ventana para coquetear con los viandantes).

583-584

*Ciertas cosas pasaron y ya no es posible anularlas;
de lo que hay que tener cuenta es del futuro.*

Parece excesivo suponer que continúa el diálogo, con Filomela (o más bien un cínico Tereo; el trío de poemas respondería así a un conocido tipo de pasatiempos, cuestiones retóricas como *qué dirían Filomela, Procne y Tereo convertidos en aves*; cf. K. J. McKay, *o. c.*) declarando «lo pasado, pasado»; o pensar que hay aquí una reconciliación entre los citados y supuestos hombre y mujer anónimos. En todo caso hallamos en este pasaje una alusión más al imposible metafísico, del que existe un famoso ejemplo en Píndaro (*O. II 15-17*): ni la propia divinidad puede cancelar lo ya transcurrido, tópico de la Literatura griega (Homero, I 249-250; Simónides, fr. 98 P.; Sófocles, *Ai.* 378; Agatón, fr. 5 Sn., etc.). D. Young en su edición de Lepzig, 1961, une los versos a 585-590, que ni siquiera son teognideos, sino los 65-70 del fr. 13 W. de Solón.

599-602

*No lograste ocultarte en la senda a la cual, falso amigo,
hace tiempo acudías. Vete enhoramala,
odiador de los dioses, traidor a los hombres, que tienes
una fría serpiente moteada en tu pecho.*

En los dos primeros versos hay una metáfora que permitiría una paráfrasis semajante a *en esos procedimientos con que hace tiempo estás minando nuestra amistad*. El final ofrece dificultad, pues la expresión griega significa más bien «en el regazo», lo que no va muy bien con la imagen de que el interlocutor tiene una serpiente fría y moteada, como respectivos indicios de insensibilidad y versatilidad, en lugar del corazón. Si se aceptan dos conjeturas de Sintenis, la versión podría ser *traidor a los hombres, la fría / serpiente moteada que llevé en mi seno* y tendríamos aquí (así Lasserre) la fábula (n.º 186 H.) del viajero y la serpiente: un viandante encuentra un reptil muerto de frío y lo mete entre su ropa para calentarlo, pero la sierpe le muerde y el pobre hombre reconoce que la culpa es suya por haberse compadecido de un ser malvado. Hay algún eco de Homero (*Il.* XVIII 543, *Od.* X 72-75).

861-864

*Me traicionan los mios y nada consienten en darme
si hay gente delante; pero yo por mi cuenta
salgo tardía de casa y al alba regreso
cuando se oye el cantar del mañanero gallo.*

También aquí la que habla es una mujer y es probable que se trate de un enigma. Las interpretaciones son infinitas: puede tratarse de una meretriz a la que de día desatienden sus clientes por afán de respetabilidad, de lo que ella se venga pasando las noches fuera de casa para que no la encuentren cuando la buscan; o de una muchacha que, decepcionada por su familia, poco favorecedora de bodas honestas (habría, pues, que traducir *y dote se niegan a darme / cuando hay pretendientes*), se envicia movida por el despecho; o, en la esfera astronómico-religiosa, de la luna, quejosa de que durante el día no se le ofrecen dones.

949-954

*Corriendo alcancé, como león confiado en su fuerza,
a un cervato lechal y no bebí su sangre.
De la villa escalé el alto muro y no entré en ella a saco;
aparejé el carro y en él no monté luego.
Obré sin obrar, incumplido dejé lo cumplido,
no realicé lo que hice ni logré lo que obtuve.*

Versos bellos, pero raros, quizás eróticos (la caza es metáfora amorosa muy usual) o políticos (Young relaciona éstos y 1181-1182 y 1203-1206, sobre derrocamientos o muertes de tiranos, con Hiparco, cf. 293-294). Quien habla está siempre a punto de conseguir el éxito, pero no llega a su consumación. ¿Se tratará de un enigma?

1135-1146

*La Esperanza es hoy la única diosa clemente que al hombre
le queda, pues las otras marcharon al Olimpo.
Se fue la Confianza, gran numen; dejó a los humanos
la Templanza; las Gracias, amigo, se nos fueron;
ya no hay juramento seguro ni honesto en el mundo
ni se atiende a los dioses inmortales; perdióse
la estirpe del hombre piadoso y las leyes morales
nadie ya reconoce, ni la piedad tampoco.
Y así, mientras viva el mortal y contemple los rayos
del sol, a la Esperanza venere entre los dioses
y, si a éstos implora quemando magníficos muslos,
a ella principio y fin consagre de su rito.*

El mito hesiódico de Pandora (*Op.* 47-105 y *Th.* 525-616) ofrece muchas dificultades. La mujer insensata, llamada así, porque cada dios le aportó un don, en *Op.* 81 e innominada en *Th.*, quita la tapa a la tinaja, deja escapar los males y, al volverla a cerrar precipitadamente, impide que se escape la última en disponerse a salir, la Esperanza; ahora bien, el texto de *Op.* ofrece ambigüedad, porque el poeta habría debido decir que la tinaja contenía muchos males y bienes y que se diseminaron por la tierra todas las desdichas y se esfumaron por el aire todas las venturas salvo Esperanza, la única felicidad que nos queda. Estos versos son más lógicos: la Esperanza, siendo un bien, es la única deidad que acompaña a la Humanidad cuando ésta cree pesimistamente, ante los malos tiempos, en un abandono general por parte de las virtudes deificadas: a ella hay que orar para que regresen las demás. Similitudes respecto a Homero (*Il.* I 221; XVIII 61, que termina casi del mismo modo que 1143; *Od.* III 9, VIII 515, IX 215), himnos (XXIX 5-6) y Hesíodo (*Op.* 337, que acaba igual que 1145; fr. 257, 3 M.-W.).

1195-1196

*Por los dioses no jures en vano, pues es imposible
ocultarles la deuda con ellos contraída.*

Tal es el texto que resulta de admitir una conjetura de Emperius en 1196, pero probablemente es preferible la lección de los códices, con la cual habría que traducir *pues no es tolerable / que se intente ocultarles la deuda contraída* (no con ellos precisamente, claro está). De ese modo tendríamos una tenue conexión con la fábula esópica de los muchachos y el carnicero, n.º 67 H., sobre dos mozos que juran en falso no haber robado sus géneros al comerciante. Se deja sentir la influencia de Homero (*Il.* I 686, X 332).

1229-1230

*Pues ya a casa me llama un cadáver marino que, aun muerto,
lanza su voz por medio de una boca que vive.*

Estos dos versos no están en la colección manuscrita de Teognis, sino en Ateneo (457 a), que se los atribuye a nuestro autor y que evidentemente los ha dado incompletos, ya que falta algo al principio. Es un claro enigma: alguien llama a Teognis utilizando como trompeta una caracola o bocina.

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO